

EL ESPACIO, OTRO CUERPO

KADER ATTIA

Crecí entre Francia y Argelia. Hasta mis doce años, mis padres no habían decidido establecerse en un lugar. Así que iba y venía entre Argelia y Francia, entre un mundo oriental y uno otro occidental.

“Cuando dejas un país, ni tu lugar de origen ni el que encontrarás es tan importante como el trayecto,” solía decirme mi padre.

El trayecto es el espacio intermedio en el que casi siempre estamos involucrados sin darnos cuenta.

Como todos los inmigrantes que dejan su hogar de origen....

A finales de los años sesenta, hubo una migración masiva del pueblo argelino por razones económicas. En esa aquella época, la creciente economía francesa era el teatro del “sueño de la Modernidad” históricamente conocido como “*Les Trente Glorieuses*” (“Los treinta gloriosos”). Pero el espacio de las ex colonias francesas que nunca fueron desarrolladas, incluyendo Argelia, no se había adaptado a la realidad económica. Así, muchos mucha gente de la población del ex imperio colonial francés se vieron vio obligados a dejar sus su país es para encontrar buscar trabajo.

Para todos estos inmigrantes, una vida mejor en Europa era la última oportunidad para ganarse ganar el sustento de la vida por unos años y después volver a su pueblo de origen, *El Bled*, tras una experiencia exitosa en Francia.

Pero en realidad, entre más pensaban en volver a sus países de origen, menos lo hacían. Se quedaban en Francia enajenados por las símbolos del confort moderno: desde la arquitectura hasta los seudo esfuerzos de igualdad social.

Así entonces acababa el trayecto.

A través de este mito de la Modernidad y de la realidad de una sociedad de consumo, millones de vidas económicas, culturales y políticas han sido borradas por el orden global. Los inmigrantes provenientes de espacios ex coloniales (y me refiero al espacio colonial en todo el mundo) se volvían objetos de este orden en vez de ser sus sujetos: la colonización de la mente.

El resultado es una reacción extrema de identidad ante este orden, que desafortunadamente se volvió la base de las ideologías extremistas islámicas. La expresión de esta reacción también se pudo ver en el cuerpo. Así, el Cuerpo se volvió la superficie de expresión de la identidad: desde marcas de ropa, hasta el velo.

Desde siempre, mucho antes de esconder el cuerpo bajo un velo, Argelia ha tenido una relación paradójica con el cuerpo humano, en especial con el cuerpo de la mujer.

En Argelia, un país que pertenece a la vez entre el mundo árabe y al mundo africano, las influencias sub-saharianas son fuertes. Para entender el conflicto cultural del cuerpo en el mundo Nofricano es importante recordar los

símbolos tallados en las rocas de las grutas de Tassili en el desierto del Sahara, y también la práctica de la escarificación (símbolos grabados en la piel del cuerpo), que provino principalmente del área sub-sahariana.

Estas prácticas estéticas evocan el inicio de la cirugía plástica. El hecho de que el cuerpo se haya convertido en una expresión de belleza y en una representación social fue una manera de compensar lo que la naturaleza no había podido lograr: una forma de reparar el error de la naturaleza.

Las experiencias más interesantes que tuve en la región postcolonial argelina con estas “reparacionesreconstrucciones del cuerpo” ocurrieron cuando Kinuna, una amiga transexual muy cercana, argelina y musulmana, decidió modificarse el cuerpo varias veces alternando entre ser hombre y mujer. En aquella época, Kinuna no tenía documentos ni identificación en Francia, pero cuando su padre murió en Argelia decidió asistir al funeral. Sin embargo, como inmigrante ilegal, no podía salir por el aeropuerto en París. En vez de tomar ese camino, tomó un taxi a la frontera marroquí y cruzó las montañas de Marruecos hasta llegar a Argel. Después de emprender un viaje de 5 cinco días, se tuvo que quedar dentro del auto frente al edificio donde velaban el cadáver de su padre para observar el funeral de su padre. Ya en vista de que tres años atrás se había marchado de Argel siendo hombre, no podía salir del auto como mujer. Se quedó ahí, estacionado frente a la casa de su familia, observando tras la ventana polarizada cómo llevaban el cuerpo de su padre al cementerio.

Después del funeral, regresó a Francia del mismo modo. Allí empezó el proceso inverso para volver a ser varón y transformar su cuerpo a la condición de hombre: le quitaron la prótesis de senos y se sometió a un tratamiento de hormonas masculinas. Quería volver a Argelia antes del que terminaran los cuarenta días de luto tradicional. Fui testigo de su transformación que tomó dos semanas. Fue increíblemente rápida: empezó a recobrar su voz grave y cambió su actitud hacia mí. Se convirtió en alguien diferente.

Entonces, tras haber velado a su padre, como hombre, con su familia, se quedó en Argel unos meses y se casó con Fouzia, una mujer.

Trajo a Fouzia con ella de regreso a Francia, de la misma forma en que salió a Argelia y le contó todo. Le mostró fotos de cuando era mujer y le dijo que sentía la necesidad de volver a ser mujer. Fouzia lo aceptó, y Kinuna se volvió a hacer la cirugía para implantarse una nueva prótesis de senos y reinició un tratamiento de hormonas femeninas.

Hoy viven juntas y tienen dos hijos.

Fue la primera vez en mi vida que sentí hasta qué punto la alteridad se encuentra dentro de todos nosotros y puede ser extraída en cualquier momento. A continuación describiré cómo esta misma alteridad puede considerarse más una cuestión ética que estética.

Cuando los transexuales argelinos vinieron a Francia, buscaban lo que la modernidad siempre ha pretendido brindar: libertad e igualdad para todos. Una moralidad democrática no es más que un mito de Sísifo, algo que nunca funcionó realmente: desde los proyectos arquitectónicos masivos, hasta la vida cotidiana de los migrantes.

El fracaso de la modernidad encarna de muchas maneras lo que la hegemonía del mundo occidental usa como dogma (lo que Jean-Jacques Rousseau solía llamar "la moralidad Democrática") para justificar que la otredad se encuentra en el espacio geográfico, cultural y político fuera de la civilización.

Cuando los transexuales argelinos vinieron a París para reclamar su derecho a existir como seres humanos, fueron rechazados por la sociedad francesa, tanto por los partidos de derecha y como por la izquierda, y tratados como un problema que tenía que ver con la otredad en la sociedad coloniossexual y bipolar francesa. Recuerdo la reacción en la prensa, incluso de izquierda, cuando intenté buscar apoyo para 500 transexuales argelinas exiliadas en Francia y viviendo clandestinamente en París. En esa época pedí a muchos periódicos que escribieran un artículo acerca de este tema pero nadie quería hablar de eso, decían que a nadie le importaban los transexuales argelinos, y que de hecho a nadie le interesaban los transexuales, punto. Incluso en la sociedad global de París fueron rechazados: desde la cultura gay hasta el medio social de izquierda.

En esa época, por ejemplo, podían ser forzados por la policía a volver a Argelia, lo cual era equiparable a una sentencia de muerte. Fui a *Libération*, un periódico famoso de izquierda, para pedir que publicaran un artículo al respecto. El editor en jefe me dijo, "¿A quién le importan los transexuales extranjeros? Deberías escribir algo acerca de los motines en los suburbios".

Entonces entendí por qué permanecerían de ilegales en Francia, y por qué algunos transexuales que habían sido forzados por la policía a dejar Francia se suicidaron en el aeropuerto.

Pero su reacción a esta discriminación es interesante porque permaneció fuera de la sociedad francesa. Siempre permanecieron conectadas a su propia cultura. Aún cuando estaban viviendo en París, en realidad siempre mantuvieron el modo de vida tradicional argelino. Y en ese momento representaban una alteridad dentro de la cultura global de la que ciudades como París forman parte.

En las fotografías que les tomé, lo más interesante es ciertamente su modo de vestir, bailar y comer. A pesar de toda una vida en el exilio, mantienen una fuerte relación con su cultura de origen. En todas las fotos, lo que es realmente fascinante es que todas son hombres que visten y viven como mujeres; que existen en un espacio situado entre lo tradicional y lo moderno, en una

"intersticialidad" que no es ni la identidad sexual de la mujer, ni la del hombre. Este espacio híbrido me hace pensar en el origen de la hibridación entre la tradición y la modernidad.

En su libro *Orientalismo*, Edward Said describe el oriente como "un área de Rabat a Tokio". Durante siglos ésta fue el área mercantil de la Ruta de la Seda: el teatro de intercambios comerciales y culturales entre oriente y occidente en un constante movimiento de distintos tipos de conocimiento. Estos territorios de la mente nos enseñan que los asuntos de transexualidad tienen que ver con la identidad y no con la sexualidad.

En India y Pakistán, la historia de la encarnación o personificación es un atributo divino. La creencia en la encarnación es, en la sociedad india, algo que afortunadamente nunca se borró con la presencia cristiana de los antiguos imperios coloniales europeos.

Los Hijras siempre han existido como parte de la sociedad india y paquistaní, porque, contrariamente a las creencias occidentales de que sólo existen dos sexos, varón y hembra, los musulmanes y los hindúes creen en el tercer sexo. La comunidad Hijra en la India cambia todas las percepciones que tenemos acerca de género.

Los Hijras son personas indias y paquistaníes transgénero, transexuales y travestis que viven en comunidades llamadas ashrams y que han formado parte importante de la sociedad desde el siglo XII. Sus actividades principales son la mendicidad, la oración y la dedicación a su dios.

Los Hijras son de origen sufí, otra forma de religión que viene directamente del islam, pero más cercana al budismo. Pero también hay Hijras cristianos e hindúes y respetan mucho el judaísmo. Se cree que la vida que lleva un Hijra bien podría haber ocurrido en otro cuerpo, en otro sitio y en otra religión de la misma manera.

Pero, ¿de dónde vienen?

Existe una leyenda de un santo sufí que vivió durante el siglo VII en Madras. Un hombre vino a él suplicándole poder embarazarse y dar a luz. Varios meses después el hombre se embarazó, pero murió porque nunca le pidió al santo un sexo femenino.

Los Hijras viven en una comunidad regidos bajo la autoridad, que es casi más como amistad, de su gurú. Hay siete grupos de Hijras y se reúnen cada año para organizar un peregrinaje al sitio del milagro donde pasan tres semanas rezando en el mausoleo del santo.

En algunas de las fotografías y películas que he hecho con ellos, pueden ver que las actividades Hijras son básicamente la mendicidad (el "Badhai") y la oración. La relación que tienen con su gurú es una de las cosas más importantes en su "raison d'être" o razón de ser Hijras.

Lo que nos trae de vuelta a la idea de que la alteridad es la manera en que los Hijras existen entre la tradición y la modernidad o en un espacio que une estas distintas cuestiones. Así, el espacio que existe entre estas distintas cuestiones es también el vínculo que establecen.

En las películas que hice recientemente en Mumbai, se puede apreciar hasta qué punto la sociedad Hijra del hoy presente se encuentra también entre nuestra sociedad "moderna" de hoy y el mundo tradicional del pasado: la figura del gurú, la limosna, y el respeto a sus reglas (por ejemplo a nunca cambiar el cuerpo porque Dios lo hará después de la muerte).

En una de las entrevistas que hice con Gurú Kansha, un Hijra de 91 años de edad, le pregunté si transformaría su cuerpo en el de una mujer, aunque sea en parte, y me respondió: "si me puedes cambiar ahora, ¡adelante!"

Hoy la sociedad Hijra está cambiando. Viven dentro de una tradición donde el papel del gurú es aún muy fuerte, y al mismo tiempo están empezando a dejar el ashram y a moverse fuera de su esfera tradicional.

Todos estos diálogos de un lado a otro de las identidades sexuales nos llevan a una pregunta que podría servir como conclusión a mi investigación acerca del tema de la transexualidad: ya sea de varón a hembra o de hembra a varón. El proceso transexual de hembra a varón se está desarrollando ahora en Argelia, Túnez, Marruecos y la India. Durante más de cinco años he conocido a muchas mujeres que han empezado la transformación para volverse hombres. Este tema será la continuación de mi proyecto.

Creo que la conclusión aquí es que si queremos entender más allá del primer paso de la identidad sexual, debemos entender cómo funciona esta hibridez dentro de nuestro sistema social, cultural y político y cómo aporta una verdadera otredad que es, en efecto, el eco de algo más que una entidad aislada.

En *La historia de la sexualidad* Michel Foucault nos enseñó cuán política es la sexualidad. La manera en que los transexuales argelinos han sido tratados en Francia ilustra este punto perfectamente. Pero la verdadera cuestión de identidad sexual que la existencia de todas las formas de identidad sexual híbrida aborda, desde la bisexualidad en la antigüedad griega hasta los Hijras, es el espacio que describe esta alteridad sexual: un espacio en el que todo es posible, incluso la poesía.

¿Qué es este espacio? Este espacio es la otredad, pero más allá de eso, ¿qué es realmente este espacio intersticial? Aquí, me gustaría evocar lo que Gilles Deleuze llamó "le pli" o el pliegue: un inter espacio que a la vez separa y vincula dos lados opuestos.

El pliegue que describen los Hijras es, pienso, la intersticialidad descrita en todo el mundo por otras identidades sexuales, y no es solamente el tercer

sexo que muchos etnólogos reivindican hoy, sino más bien lo que vincula y lo que separa a las identidad sexual hembra femenina de la del varón hombre: una alteridad que podemos aplicar políticamente a una ética que aún falta en el mundo. ●